

## LIBRO SEGUNDO

### LA PRESIDENCIA DE MAC-MAHÓN

- SUMARIO: I.—Mac-Mahón, presidente de la República. — El duque de Broglie y su ministerio. — Cambios diplomáticos y administrativos. — Circular a los representantes de Francia en el extranjero. — Beulé y la circular de Pascal. — Los entierros civiles. — Ranc procesado. — La iglesia del Sagrado Corazón. — Interpelación de Julio Favre. — Brisson y Dahirel. — Ley orgánica del ejército. — El general Bellemare. — La restauración y los campesinos. — El manifiesto de Changarnier. — Reapertura de la asamblea. — El mensaje del 5 de noviembre. — Proyecto de Laboulaye. — La constitución del 20 de noviembre. — Votación del septenio. — Interpelación de León Say. — La política exterior. — El proceso de Bazaine.
- II.—El gabinete del 26 de noviembre. — La nueva Comisión de los Treinta. — El duque Decazes. — Fourtou. — El ministerio de Cultos. — El general Du Barail. — Las nuevas fortificaciones de París. — El duque de Broglie y Julio Ferry. — Ley sobre los alcaldes. — Palinodias del centro derecho. — La prensa y el estado de sitio. — Mac-Mahón en el tribunal de Comercio. — La manifestación de Chislehurst. — Interpelación de Christophle. — Interpelación Gambetta-Lepère. — Discurso de Challemel-Lacour. — Carta de Mac-Mahón. — El Sr. de Marcere y los municipios. — El conde de Arnim. — Rochefort y Paschal-Grousset. — La segunda cámara del duque de Broglie. — La revancha del 24 de mayo. — Caída del duque de Broglie.
- III.—La crisis ministerial desde el 16 hasta el 24 de mayo. — Goulard y Audiffret-Pasquier. — Cumont y Tailhand. — *El Gabinete del Mariscal*. — Comité central del *Llamamiento al pueblo*. — Retirada de Magne y Fourtou. — El Ventonaton. — Luis Blanc y el sufragio universal. — León Renault y los bonapartistas. — Chabaud-Latour. — El general Changarnier y las vacaciones parlamentarias. — Los viajes de Mac-Mahón. — Elecciones de octubre y noviembre. — El extremo y el centro derechos. — La conferencia de Bruselas. — Los partidos al principio de la nueva legislatura. — La libertad de enseñanza superior. — El mensaje del 6 de enero. — Nueva derrota del gabinete. — Amenazas de guerra. — Discusión de las leyes constitucionales. — Comunicación del gobierno. — Demanda de disolución. — Discurso de Gambetta. — Negociaciones reanudadas. — Proyecto Wallon-Luro. — Votación definitiva de la constitución. — Última dimisión de los ministros. — Buffet. — El bonapartismo. — Alarma. — Crisis ministerial.
- IV.—Negociaciones por partida doble. — Negativa del duque de Audiffret-Pasquier. — El nuevo gabinete. — Buffet. — Declaración del 12 de marzo. — Audiffret-Pasquier presidente de la Cámara. — Desde el 12 de marzo hasta la suspensión de sesiones. — La proposición Courcelle. — Los nuevos ministros de la Constitución. — El clericalismo. — La situación exterior. — Gambetta durante las vacaciones. — Leyes útiles. Votación de la proposición Courcelle. — Destitución de la segunda Comisión de los Treinta. — La libertad de la enseñanza superior. — Primera deliberación sobre la ley senatorial. — Buffet y Christophle. — Buffet y Gambetta. — Últimas deliberaciones sobre las dos primeras leyes orgánicas. — Suspensión de la legislatura. — Los presupuestos de 1876. — Trabajos de la asamblea en la legislatura de verano. — Últimas vacaciones de la asamblea. — Los reservistas y la situación del ejército en septiembre de 1875. — Disentimientos ministeriales. — Thiers en Arcachón. — Cuestión electoral. — El Consejo superior de Instrucción pública. — El ministerio de Negocios extranjeros. — Última legislatura de la asamblea. — Segunda lectura de la ley electoral. — La ley de alcaldes. — El estado de sitio. — La libertad de imprenta. — Elección de senadores inamovibles. — Intolerancia del centro derecho. — Últimas leyes votadas por la asamblea. — Los bonapartistas en Belleville. — Violentas discusiones a propósito de la ley de imprenta. — Allocución final del presidente. — Juicio sobre la Asamblea nacional. — Nuevos disentimientos ministeriales. — La candidatura oficial. — Elección de delegados. — Elecciones senatoriales. — Los partidos antes de las elecciones legislativas. — Escrutinio de 20 de febrero. — Retirada de Buffet. — Dimisión del Sr. de Meaux. — Juicio sobre Buffet.
- V.—Transmisión de poderes. — Rapidez de la solución ministerial. — Gabinete centro izquierdo. — Constitución de la mesa del Senado. — Declaración ministerial. — Revisión de actas en ambas Cámaras. — Proposiciones de Raspail y Víctor Hugo. — La ley sobre los alcaldes. — La comisión de presupuestos. — Primeros actos del gabinete. — Circulares de Ricard. — Movimiento prefectoral. — Proyectos de Waddington. — Primeros ataques contra la mayoría de la Cámara. — El Sr. de Marcere. — Discusión de las proposiciones de amnistía. — Situación de los insurrectos. — Los jurados mixtos. — La ley es desechada por el Senado. — Repercusión en la Cámara. — Trabajos legislativos. — La ley sobre los alcaldes adoptada por la Cámara. — Firmeza del Sr. de Marcere. — Discusión de los presupuestos en la Cámara. — Actividad y competencia de Gambetta. — Aumento de las consignaciones para Instrucción pública. — Imprudencia de los intransigentes de la izquierda. — Elecciones parciales. — Elecciones municipales. — Retirada del general Cissey. — La política y el clericalismo en el ejército. — El presidente de la República en el Este. — La política exterior en la cuestión de Oriente. — Revolución palaciega en Constantinopla. — El duque Decazes. — Legislatura extraordinaria de 1876. — Ley sobre la intendencia y el servicio de sanidad militar en el Senado. — La amnistía en la Cámara. — Retirada de Dufaure. — La cuestión de honras fúnebres. — Apreciación sobre el primer ministerio Dufaure.
- VI.—La crisis ministerial. — Julio Simón, presidente del nuevo gabinete. — Declaración del 14 de diciembre. — Primeros actos del gobierno. — Atribuciones financieras de ambas Cámaras. — La prensa. — Los grupos parlamentarios. — Elecciones de senadores inamovibles. — Los miembros de las comisiones mixtas. — Julio Simón y Mac-Mahón. — Elecciones intransigentes. — El presidente del consejo municipal de París. — Ofensiva del ultramontanismo. — Conferencias del ex Padre Jacinto. — Peticiones en favor del poder temporal. — Interpelación del 3 de mayo. — Orden del día 4 de mayo. — Leyes sobre la imprenta y sobre la organización municipal. — Carta del 16 de mayo. — Orden del día de las izquierdas. — Juicio sobre el ministerio Julio Simón.
- VII.—El gabinete de 17 de mayo. — Declaración del 18 y suspensión de sesiones. — Manifiesto de la izquierda. — La prensa francesa y la prensa europea. — Los primeros actos del gobierno del *Diez y seis de Mayo*. — Mensaje de 16 de junio y disolución en el Senado. — Orden del día de los 363. — Apreciación sobre la Cámara de 1876. — Elecciones retrasadas. — Los ministros del 16 de mayo. — Nuevo gobierno de combate. — Intervención de Mac-Mahón en la lucha electoral. — Abusos del poder, arbitrariedades y represión. — Disciplina y moderación de los republicanos. — Muerte de Thiers. — Sus funerales. — Su profesión de fe. — Los dos manifiestos de Mac-Mahón. — Situación electoral en 13 de octubre. — Elecciones y empates. — Elecciones cantonales de 4 de noviembre. — Reapertura de las Cámaras. — La de diputados vota una Comisión informadora. — El gabinete Broglie. — Fourtou en el Se-

- nado. — El gabinete de 23 de noviembre. — Declaración del 24. — Orden del día propuesto por el Sr. de Marcere. — Presupuestos desechados. — Sumisión ó disolución. — Proyectos de golpe de Estado. — Llamamiento á Dufaure y Luego á Batbie. — Fracaso de Batbie. — Incidente Labordere. — Nuevo llamamiento á Dufaure.
- VIII.—El segundo ministerio Dufaure. — Mensaje del 14 de diciembre. — Primeros actos del nuevo gobierno. — Movimiento administrativo. — Los consejos generales. — El año de la Exposición. — Revisión de actas. — Invalidaciones; elecciones complementarias. — Elección de senadores inamovibles. — Leyes reparadoras. — Instrucciones del ministro del Interior á los prefectos. — Gambetta en Marsella. — Adhesiones á la República. — Separación de generales políticos. — Apertura de la Exposición. — Los centenarios de Voltaire y de Rousseau. — Los presupuestos de 1878. — Trabajos de los diferentes ministerios.
- IX.—El congreso de Berlín. — El discurso de Romans. — Gambetta y Mac-Mahón. — Dufaure y el «partido sin nombre». — Elección de compromisarios. — La derecha y la izquierda ante los electores. — El conde de Chambord y el Sr. de Mun. — Las elecciones de 5 de enero de 1879. — Declaración del 16 de enero. — Interpelación del 20. — El general Gresley y los grandes mandos militares. — Dimisión de Mac-Mahón. — Reunión del Congreso. — Apreciación sobre Dufaure y sobre Mac-Mahón. — Conclusión.

### I

La mayoría monárquica de la Asamblea nacional perdió en 24 de mayo de 1873 una ocasión única de establecer el gobierno de su preferencia. Nada más fácil para los adversarios del régimen republicano que abolir el nombre de República, suprimir la Constitución Rivet y la Constitución de los Treinta, borrar en una hora todas las faltas cometidas por los monárquicos desde el 18 de febrero de 1871. Por no haber un hombre de Estado de un golpe de vista atrevido, se consolidó en una hora toda aquella serie de faltas, prometiendo á la faz de Francia que en manera alguna se tocaría á las leyes ni á las instituciones existentes, como si se hubiese temido que las grandes poblaciones acudiesen á las armas para vengar á Thiers.

El 24 de mayo, que pudiera haber sido una revolución monárquica, no fué más que un cambio de prefectos. Cierta es que la revolución no la quería Mac-Mahón, que era el primer interesado, ni la querían los diez y seis diputados que habían votado con la coalición á fin de tener una República conservadora con Thiers, ni la quería la nación. Por esto la coalición y sus directores aparentaron haber derribado á Thiers con el único objeto de operar «un cambio de prefectos,» tranquilizar á los republicanos sobre la suerte de la República, tratar de consagrar la ciudad de París á la religión del Sagrado Corazón é instituir un largo combate contra un país pacífico.

El mariscal Mac-Mahón aportaba al poder, con una gran rectitud, una ignorancia absoluta acerca de los hombres y las cosas de la política, una timidez inverosímil y una ausencia de memoria que le hacía difícil y penosa toda representación y toda ceremonia que no fuera exclusivamente militar. Así es que realizó durante algún tiempo el tipo acabado de jefe constitucional que reina sin gobernar.

El ministerio de 25 de mayo comprendía, además del duque de Broglie, los señores Ernoul, Beulé, Magne, Barail, que reemplazó al general Cissey, interino hasta el 29 de mayo, Dompierre d'Hornoy, Batbie, Deseilligny y Bouillierie. Ninguno de estos colaboradores tenía la autoridad y el prestigio del duque de Broglie, ministro de Negocios extranjeros y vicepresidente del Consejo. Con su perpetua sonrisa, en que se traslucía el gran desdén con que miraba á sus adversarios y hasta á sus amigos políticos, con su elocuencia seca y fría, pero satírica y mordaz, con su ciencia de la intriga y el arte con que supo escudarse detrás del nuevo jefe de Estado, so color de protegerlo, con la indiferencia respecto á los medios y su falta de escrúpulos en la elec-

ción de las alianzas, el duque de Broglie fué durante un año el director de la mayoría, el primer ministro, árbitro de los destinos de Francia. El es el principal responsable de todo lo que se hizo y de todo lo que dejó de hacerse desde mayo de 1873 hasta mayo de 1874. La definición, la orientación del nuevo régimen, la cruzada emprendida contra Francia, el altivo desprecio de su voluntad, todo es obra suya.

Al mismo grupo que él pertenecían dos de sus compañeros de gabinete, los señores Beulé y Batbie, á quienes se confió los dos ministerios en que sus excelentes cualidades habían de verse anuladas, porque la presencia de Batbie, el inventor del *gobierno de combate*, en el Interior, hubiera dado al gabinete un color demasiado reaccionario. El jurisconsulto, el antiguo catedrático de derecho, resultó deficiente en la Instrucción pública, donde dejó las huellas de una mezquina reacción pedagógica contra la obra de su antecesor; y el académico, el sabio crítico de arte, el escritor elegante, se halló completamente fuera de su elemento en el ministerio del Interior y no encontró en la Asamblea sus triunfos de profesor en la biblioteca imperial. Lo más cruel fué que el autor de *Augusto, su familia y sus amigos*, de *Tiberio y la herencia de Augusto* y del *Proceso de los Césares*, colega ahora de un aliado y protegido de los bonapartistas, tuvo que reservar tres cuartas partes de los puestos de la administración prefectoral á los que había acribillado á epigramas sutiles en sus libros, en sus cursos y en los salones académicos y liberales.

Los ministros de Gracia y Justicia, de Agricultura y Comercio, de Guerra y Marina, señores Ernoul, de la Bouillierie, Barail y Dompierre d'Hornoy, representaban á la derecha pura en el gabinete. El papel de Ernoul, abogado del colegio de Poitiers, fué desairado, pues únicamente se le pidió que expulsase así de los grandes como de los pequeños tribunales á todo magistrado sospechoso de liberalismo, tarea que realizó con la mayor docilidad. Su principal título para la cartera era la presentación de la orden del día que derribó á Thiers. El Sr. de la Bouillierie, rico propietario de Anjou y administrador de la sucursal del *Comptoir d'escompte* de París, debía el cargo de ministro á su parentesco con un prelado y á su clericalismo. Fueron también sus ideas reaccionarias las que recomendaron para las carteras de Guerra y de Marina al bizarro oficial de caballería de África y de Méjico, el general Du Barail, y al descendiente de Voltaire, el delegado que fué de Fourichón en París durante la Defensa nacional, el vicealmirante Dompierre d'Hornoy. Ambos fueron ministros muy mediocres. En cambio fueron muy competentes en sus ramos respectivos y muy escuchados como ora-

dores de práctica administrativa, los ministros de Hacienda y de Obras públicas, señores Magne y Deseilligny. Ex miembro del consejo particular de Napoleón III, Magne era bonapartista pero gastado y desilusionado, más especialista que político; él tuvo el honor de pagar, con los fondos preparados por Thiers, los últimos plazos de la indemnización de guerra. Deseilligny era un tráfuga del centro izquierdo desde que este grupo se había adherido a la República conservadora de Thiers.

La composición del ministerio, en que se reconocía la mano experta del duque de Broglie, atestiguaba una habilísima proporción de los elementos que formaban la mayoría. La principal preocupación del nuevo gabinete consistía en mantener, consolidar y extender esta mayoría. Beulé lo decía sin ambages en su primera circular a los prefectos. Según los términos de esta circular, la Asamblea esperaba, ante todo, del gobierno un personal administrativo que se pusiera abiertamente al frente de los conservadores; los prefectos debían decir en voz alta en favor de quién estaban sus simpatías y sus estímulos, y con esta firme conducta «se debía constituir en Francia una verdadera mayoría de gobierno.» Esta era la teoría de la candidatura oficial, profesada con un cinismo que no igualó nunca el de Persigny. Pero el ministerio tenía tan poca confianza en la teoría, que sólo convocó una vez a los electores en un período de seis meses, y la práctica del sistema imperial por un orleanista dió tan pobres resultados que se cesó de contar con los electores para reforzar la mayoría monárquica.

En todo el escalafón, el personal gubernamental reflejó las opiniones de esta mayoría y del ministerio. Lo único que se pedía a los funcionarios de toda clase era que no fuesen republicanos. El marqués de Banneville, embajador en Viena, y el conde de Harcourt, embajador en Londres, se retiraron por motivos personales y fueron reemplazados respectivamente por el marqués de Harcourt y el duque Decazes; pero Ernesto Picard y Julio Ferry dimitieron por razones políticas y tuvieron por sucesores al barón Baudé y al Sr. de Gabriac. Este último dejaba vacante el puesto de La Haya, que fué dado al Sr. Target, jefe del grupo cuya defección acarreo la caída de Thiers.

En la administración prefectoral, los cambios fueron innumerables y continuos durante los primeros meses. En la magistratura, los cambios, que fueron numerosos, se operaron sobre todo en beneficio del antiguo personal del Imperio. No se improvisan administradores ni magistrados, y para cubrir las vacantes ocasionadas por la Revolución parlamentaria del 24 de mayo, los ministros apelaron a la reserva de los funcionarios del régimen imperial, siendo raros los que por fidelidad a la dinastía destronada no respondieran al llamamiento.

Con un jefe glorioso y dócil como Mac-Mahón, con un maniobrista parlamentario y político como el duque de Broglie, con una mayoría disciplinada y que aumentó sin cesar desde el 24 de mayo hasta el 29 de julio, con funcionarios adictos y libres de escrúpulos, todo parecía fácil para el nuevo gobierno, y se comprende la angustiosa ansiedad que experimentó Francia a la caída de Thiers; se comprende la circular colectiva que las izquierdas de la Cámara dirigieron al país para reco-

mendarle la calma, la paciencia y el mantenimiento del orden público. Ciertamente es que toda tentativa de desorden hubiera sido reprimida sin piedad, y de tal modo hubiera hecho el juego del *orden moral*, que cabe asombrarse de que éste no lo provocara. Es lo único que repudió de la herencia del Imperio.

¿Cómo es que con todas aquellas facilidades la revolución parlamentaria del 24 de mayo sólo condujo, en menos de seis meses, al acto parlamentario del 24 de noviembre, es decir, a una nueva é involuntaria consagración de la República? La historia de dichos seis meses contestará a esta pregunta.

Al notificar su elección a los prefectos, Mac-Mahón les había manifestado que no se operaría cambio alguno en las leyes ni en las instituciones existentes. El duque de Broglie, en su primera circular a los agentes diplomáticos de Francia en el extranjero, escrita en papel con membrete de la República francesa, había insistido sobre el carácter del acto de 24 de mayo, diciendo que el gobierno seguiría una política resueltamente conservadora, pacífica exteriormente y moderada en el interior; que las leyes constitucionales, presentadas por el gobierno anterior, quedaban sometidas al juicio de la asamblea que zanjaría, cuando lo estimase conveniente, la cuestión suprema de la forma de gobierno.

Desde el punto de vista del exterior, la circular del ministro de Negocios extranjeros tenía el defecto de señalar la Francia a las monarquías europeas como un foco de agitación revolucionaria, como un peligro para todos los tronos. Las monarquías temían, más que esto, la estrecha dependencia en que el nuevo presidente de la República y su gabinete se había colocado en presencia del ultramontanismo. ¿Cómo podían los soberanos y los pueblos, cómo podía Europa admitir que se desautorizase en el exterior a aquellos cuyo concurso y votos se solicitaba en el interior? La coalición y el gabinete del 24 de mayo estaban condenados a ser, no sólo los protegidos, sino que también los protectores de los que la habían formado, y en esta coalición figuraban sesenta discípulos de aquella escuela ultramontana, tan elocuentemente censurada por Montalembert, que apelaba al *Syllabus*, a los breves de Pio IX y a la infalibilidad, y esperaba del gobierno, fundado y sostenido por ella, el restablecimiento del poder temporal, tanto como el de la monarquía de derecho divino.

Puesto que la forma de gobierno permanecía momentáneamente intangible, no quedaba más que practicar una política reaccionaria y clerical, cosa a que se dedicaron con energía la asamblea y el ministerio.

En la noche del 24 de mayo, el nuevo presidente había dado las gracias a la Asamblea nacional en una breve comunicación que llegó tarde a manos del Sr. Buffet y de la cual no se dió cuenta hasta la sesión del 29, día en que el duque de Broglie leyó en la tribuna el mensaje de Mac-Mahón. Este último documento contenía todos los lugares comunes que habían de constituir el fondo de la elocuencia ministerial, durante todo el período de lo que con cruel ironía se llamó «el orden moral.» El duque de Magenta felicitaba a la asamblea por haber restablecido aquel orden «en una sociedad minada por el espíritu revolucionario;» se dignaba calificar a Thiers de *hombre ilustre*, deplorando que una disidencia política interior le hubiese separado de

la asamblea; pero afirmaba que, con Thiers, «la defensa de los principios fundamentales en que descansa la sociedad y a los cuales amenazan hoy tan audaces ataques,» distaba mucho de estar asegurada; decía que el gobierno sería enérgica y resueltamente conservador y terminaba con estas palabras: «Considero el puesto en que me habéis colocado como el de un centinela que vela por el mantenimiento de la integridad de vuestro poder soberano.»

En sus mensajes y en sus discursos, Thiers hablaba en otro tono y otro estilo a la asamblea soberana. En el trabajo del duque de Broglie es más de extrañar lo que se omite que lo que se dice. Háblase en él del desorden moral, de la facción revolucionaria, de la sociedad amenazada y de la asamblea soberana; en vano se buscaría en él una palabra sobre el país, sobre sus necesidades, sobre sus aspiraciones. No diremos que Francia no existiese para los doctrinarios del centro derecho; pero en el estado de espíritu en que se hallaban, se guardaban muy bien de hablar al país, puesto que era precisamente contra él, contra su mayoría que se había instituido al gobierno de combate, con sus procedimientos habituales, es decir, con el estado de sitio mantenido en 43 departamentos, la supresión de periódicos, los obstáculos puestos a la circulación y venta de impresos, etc., etc.

A la constitución del gabinete de 25 de mayo no había seguido ninguna gran discusión ante la asamblea sobre la política interior y exterior. La izquierda se contentó al presentarse Thiers en la Cámara, en 27 de mayo, con acogerle con una larga salva de aplausos y esperó los primeros actos del ministerio. En 8 de julio, la supresión injustificable de *El Corsario*, que había abierto una suscripción para cubrir los gastos de la elección de Barodet, provocó una interpelación que fué discutida dos días después. El resultado de la interpelación no era dudoso. La mayoría no podía desautorizar, a los quince días de existencia, al gobierno salido de su seno y la orden del día aceptada por el gabinete fué aprobada por 368 votos contra 308. Pero, después de esta pobre victoria, el ministro del Interior, Sr. Beulé, se vió comprometido como orador y como consejero y fueron patentes los procedimientos del gobierno de combate. Gambetta había leído en la tribuna una circular confidencial, procedente del ministerio del Interior, dirigida con fecha de 4 de junio, a todos los agentes de la administración prefectoral y que contenía, entre otros conceptos, las siguientes frases:

«Enviadme con urgencia un informe sobre la prensa de vuestro departamento. Ha llegado la hora de recobrar, por ese lado, la autoridad y la influencia que una afectación de neutralidad indiferente destruyó. Dadme la lista de los periódicos conservadores ó susceptibles de convertirse en tales, cualquiera que sea el matiz político a que pertenezcan; indicadme su situación financiera y en cuánto podrían estimar el concurso benévolo de la administración; decidme el nombre de sus directores, su opinión y sus antecedentes. Si podéis hablar con ellos, ved si aceptarían una correspondencia y en qué sentido la quisieran. Vamos a organizar un *Boletín* de noticias telegráficas y autográficas que recibiréis con regularidad y cuya comunicación mediréis, según el grado de confianza que los diversos periódicos

os inspiren. Para eso, haríais bien en crear en vuestras oficinas un servicio de prensa... Multiplicad vuestras relaciones y sed muy accesible para los periodistas.»

Muy turbado, Beulé aceptó la responsabilidad de la circular, aunque añadió que no la había leído ni dictado; protestó, a pesar de la evidencia, contra toda idea de subvención ofrecida por medio de los 86 prefectos a 500 ó 600 periódicos, y, al salir de la sesión, recibió la dimisión de su subsecretario, señor Pascal, a quien acababa de amparar ante la Asamblea.

Moralmente, el orden moral había perdido su primera batalla parlamentaria, y aunque Beulé siguió siendo ministro durante cinco meses todavía, no llegó a levantar



Renoult

tarse de aquella caída inicial, como tampoco sus compañeros de gabinete. Durante los dos meses de la legislatura de verano de 1873, vamos a ver a todos los ministros en la tribuna, donde se mostrarán aún más débiles y deficientes que el del Interior. La parcialidad del presidente de la Asamblea y los estímulos de la derecha no lograrán inspirarles confianza, ni disimular sus contestaciones ambiguas y sus derrotas.

En 24 de junio, Beulé tuvo que subir otra vez a la tribuna, para contestar a la interpelación de Le Royer y justificar los actos de su subordinado, el prefecto del Ródano, Sr. Ducros. Haciendo las veces de alcalde este prefecto había dispuesto que se celebrasen a las seis de la mañana en verano y a las siete en invierno los entierros en que no intervenían ministros de ninguno de los tres cultos reconocidos por el Estado, y exigía de los parientes del difunto la declaración de la clase de sepultura que elegían. De todas las manifestaciones anti-religiosas, no había ninguna tan antipática a la mayoría y al gobierno como los entierros civiles. En el entierro de un diputado que se celebraba en Versalles, un vicepresidente de la Asamblea, el Sr. de Goulard, y dos secretarios se retiraron ruidosamente del cortejo al ver que el cadáver era conducido directamente de la casa mortuoria al cementerio, y el mismo vicepresidente ordenó que se retiraran también los ujieres de la Asam-

blea y los coraceros de servicio. Por su parte el ministro de la Guerra, Sr. Du Barail, desenterró una vieja circular que prescribía á los soldados de tales escoltas que fuesen de la casa mortuoria á la iglesia y de la iglesia al cementerio, y si el entiero no pasaba por la iglesia, la escolta debía retirarse.

La intransigencia del gobierno y de la mayoría de la Cámara no admitía que la familia del difunto, respetando ó interpretando la voluntad de éste, excluyese al clero de las exequias. En la sesión del 24, Beulé no tuvo más que citar algunos ejemplos de entierros civiles de indigentes ó de niños, convertidos en manifestaciones contra el prefecto ó contra el clero, para que la cuestión de libertad de conciencia, que estaba sobre el tapete, desapareciese por completo; la orden del día que implicaba un voto de confianza para el gobierno fué aprobada por 413 sufragios contra 251.

El gobierno de Thiers había atendido á los actos; el gobierno de Mac-Mahón atendió á las opiniones, para combatir las ó para amoldarlas á las suyas. Antes de votarse la ley sobre los capellanes castrenses, destinada á procurar que todos los militares pensasen como el gobierno, los favores que los generales reservaron á los oficiales y á los soldados religiosos tuvieron por resultado la introducción de divisiones en el ejército.

En la votación del 24 de junio, el centro izquierdo se abstuvo ó votó con la derecha, como lo había hecho cinco días antes, en la demanda de procesamiento contra el Sr. Ranc, ex miembro de la *Commune*. Combatida por los Sres. Jozón, Cazot y Brisson, y apoyada por Laboulaye, la autorización para el procesamiento fué concedida por 467 votos contra 140. La mayoría se había pronunciado más contra el republicano radical del Ródano que contra el ex miembro de la *Commune*.

El 2 de julio entablóse una importante discusión á propósito de la determinación de la orden del día. Dufaure recordó, con su vigor de lenguaje y su lógica habituales, que en 19 y 20 de mayo había presentado, de conformidad con el artículo 5.º de la ley de 13 de marzo, varios proyectos de ley referentes á la organización y al modo de transmisión de los poderes públicos, á la creación y á las atribuciones de una segunda Cámara, y á la elaboración de una ley electoral. Un miembro de la derecha contestó diciendo que el día en que se discutiesen las leyes constitucionales, «temblaría el mundo de los negocios.» Gambetta, que nada bueno esperaba de la Asamblea nacional y aún no le reconocía el poder constituyente, negó la extensión de su mandato y provocó la intervención del duque de Broglie. El vicepresidente del consejo, sin contestar nada de decisivo á los sólidos argumentos de Dufaure, terminó sus cortas observaciones con estas palabras que llenaron de satisfacción á la Asamblea, pero que nada tenían que ver con la cuestión discutida: «El que tiene el honor de apoyarse en la incontestada autoridad de esta Asamblea, el que se halla investido de su plena confianza, puede decir, sin presunción, que lleva sin verse abrumado el peso del poder y que responde del orden público.»

El duque de Broglie podía responder del orden público, pero no dejaba de ser jefe de un gobierno lleno de indecisiones, de dilaciones, de negociaciones sin cesar reanudadas con grupos mal unidos.

A pesar de un elocuente discurso de León Say de-

mostrando que los negocios no podían prosperar sin estabilidad, sin un orden de cosas definitivo, la Cámara aplazó para después de las vacaciones el examen de las leyes constitucionales, y como tenía intención de prorrogar su legislatura, y la prorrogó en efecto hasta el 5 de noviembre, ello equivalía á retrasar seis meses la dolorosa necesidad de votar la Constitución y asegurar también seis meses de tregua, para hacer producir á la *fusión* todas sus consecuencias y restablecer la monarquía.

Desde el 2 hasta el 19 de julio, sólo hubo en la Cámara una sesión interesante, desde el punto de vista de la lucha de los partidos, la sesión del 12, en que Gambetta, llamado á explicarse sobre «las nuevas capas sociales» del discurso de Grenoble, atenuó el sentido de las palabras incriminadas. Mientras estuvo constituido en abogado de la República radical, mientras se negó á reconocer el poder constituyente de la Asamblea, Gambetta no pronunció ningún discurso notable; los de Dufaure, de Grevy, de Julio Simón y de Julio Favre, grandes maestros de la tribuna, superaban á los suyos en cuanto á la forma y al efecto producido, y hasta los discursos de los oradores de segundo orden, tales como Lepere, Le Royer, Laboulaye, León Say, Rouvier y otros, eran más escuchados en la Cámara que los del famoso tribuno popular.

La mayoría de la Asamblea nacional confundía el espíritu de la Revolución con el espíritu del desorden: en su nombre vino á declararlo en la tribuna el ministro Gracia y Justicia, Sr. Ernoul, y la derecha le hizo una ovación, á la cual puso término Rouvier, como por encanto, pidiendo con ironía la fijación de los dos discursos que acababan de ser pronunciados.

Desde el 19 hasta el 29 de julio, es decir, durante los últimos días de la legislatura, se agitaron múltiples cuestiones, unas muy graves y otras muy anodinas, y se adoptaron proyectos de ley importantísimos al lado de otros de escaso interés. Pero las menores cuestiones y los proyectos de ley más insignificantes daban lugar á discusiones muy vivas, cuando agitaban las pasiones clericales; y éstas fueron agitadas en grado sumo cuando la asamblea hubo de pronunciarse sobre la construcción de una iglesia en Montmartre. Para la derecha, este templo, que había de edificarse con el producto de cuestiones, sería á la vez un testimonio de la piedad de los fieles y una especie de monumento expiatorio por los crímenes cometidos durante la *Commune*. En el proyecto de ley, el gobierno reconocía al arzobispo de París y á sus sucesores un derecho de regalía, cual era el de expropiación por causa de utilidad pública, siempre reservada al Estado, al departamento y al municipio. Este principio de derecho público fué defendido por el señor Bertauld con un vigor, una lógica y una ciencia jurídica irrefutables, tomando sus mejores argumentos de las obras que el ministro de Cultos, Sr. Batbie, había publicado sobre la materia. Con risas y aplausos irónicos de la izquierda, Batbie confesó que tal había sido, en efecto, su doctrina, en la época en que él ejercía el profesorado, pero que siempre había sido condenado por la jurisprudencia cuando litigaba. «No, replicó Bertauld, el Sr. Batbie no es, como parece creerlo, un glorioso vencido, sino un glorioso vencedor, pues su teoría ha triunfado en toda la línea. Son innumerables los decretos que la consagran.»

Esta vez Batbie fué también vencedor, pues el proyecto de ley se aprobó por 382 votos contra 188, después de una nueva serie de debates en que el Sr. Tolain, que se alzó contra lo que él llamaba el culto nuevo del Sagrado Corazón, fué interrumpido cien veces por los miembros de la derecha y por el Sr. Buffet, que calificó su argumentación de ridícula y absurda, y en que el Sr. Chesnelong aportó el auxilio de su grande elocuencia y de sus ardores religiosos á los partidarios del proyecto. Después de la votación de la ley, el señor Cazenove de Pradines, en nombre de la extrema derecha, presentó un artículo adicional diciendo que la asamblea, asociándose al impulso de patriotismo y de fe, de que era expresión la iglesia de Montmartre, se haría representar en la ceremonia de la colocación de la primera piedra del templo por una delegación de su mesa. Ciento tres miembros de la extrema derecha votaron este artículo adicional. La abstención del centro derecho y de la derecha pura hicieron nulo el escrutinio, y el *Diario Oficial* no publicó los nombres de los 103, que no hubieran vacilado en llamar al conde de Chambord sin condiciones, ni en lanzar á Francia á una guerra contra Italia.

A los miembros de la derecha avanzada no les bastaban estas manifestaciones parlamentarias de misticismo. Un centenar de ellos habían ido en peregrinación á Paray-le-Monial, donde el Sagrado Corazón se había revelado á María Alacoque y al jesuita La Colombiere. Los peregrinos llevaban al frente pendones flordelisados, ostentaban un corazón encarnado en el ojal de la levita y entonaban el célebre cántico: *Salva á Roma y á Francia...*

Tales manifestaciones no eran propias para probar á Francia que el gabinete seguía una política nacional, ni para probar á Europa que este mismo gabinete no estaba entregado al ultramontanismo; y el primer artículo del programa ultramontano consistía en la salud de Roma antes que la salud de Francia, y la única manera de salvar á Roma consistía en establecer en ella el estado de cosas anterior á 1870.

La izquierda se abstenía, por patriotismo, de toda interpelación sobre la política exterior, pero quería que, antes de cerrarse la asamblea, se procediese á una gran discusión sobre la política interior. El Sr. Le Royer presentó, en su nombre, una demanda de interpelación que fué explanada por Julio Favre. El gran orador estuvo á la altura de su fama. A las interrupciones é injurias que bonapartistas y legitimistas le prodigaban, él opuso el desdén más despreciativo. Mal sostenido por la izquierda, pasó revista, durante dos horas, á toda la política del gobierno desde el 24 de mayo, poniendo de relieve sus contradicciones, haciendo ver las divisiones que separaban los diferentes grupos de la mayoría, haciendo recaer sobre los ministros la responsabilidad de la ingratitud mostrada por ellos con el gran patriota que habían derribado.

El duque de Broglie contestó á Julio Favre, en 11 de julio, como Ernoul había contestado á Gambetta nueve días antes, diciendo que la derecha formaba una «Liga de personas honradas» para la defensa social. El orador no rebatió ninguna de las críticas formuladas por Julio Favre, ni contestó una palabra sobre los puntos que éste había tocado y en particular sobre la alianza con

el bonapartismo. El vicepresidente del consejo, que había empezado su discurso con una impertinencia, declarando que sus explicaciones se dirigían, no á los interpelantes, sino á la mayoría, nada dijo tampoco sobre el asunto en cuestión, que era el programa y la política del gabinete. Un orador como Julio Favre, una oposición que contaba en sus filas las primeras figuras del Parlamento, no obtenía jamás una contestación precisa de las medianías vanidosas, que la revolución parlamentaria del 24 de mayo había elevado al poder. Thiers había anunciado al duque de Broglie y á sus aliados de aquella época que serían los protegidos del imperio. Uno y otros hubieran podido contestar, en 21 de julio, que si bien aceptaban los sufragios de los imperialistas, se disponían á restaurar un trono que no era el imperial.

Pero los miembros del centro derecho se guardaban muy bien de divulgar sus intenciones secretas. Sólo los atolondrados del partido, y en la extrema derecha había muchos, manifestaban sus esperanzas, como lo hicieron en la sesión del 23 de julio, durante la discusión de un proyecto de ley que tendía á dar á la comisión permanente de la Cámara el derecho exorbitante de autorizar procesamientos por delitos de ofensa cometidos contra la Asamblea nacional durante los interregnos parlamentarios, proyecto que fué aprobado por 383 votos contra 254.

La comisión permanente fué nombrada en la sesión inmediata, y de los 25 miembros de que se componía, 13 pertenecían á la derecha y 7 á la izquierda.

En 29 de julio, un breve Mensaje del presidente de la República aseguraba á la asamblea que en su ausencia el orden público sería mantenido y que su legítima autoridad sería en todas partes respetada.

El *Diario Oficial* de 9 de septiembre anunció que, el día 5, el gobierno había efectuado á Alemania el pago de 263,466.000 francos, como saldo del rescate y prenda de la liberación de Francia. Ocho días después, el mismo periódico publicó esta nota lacónica fechada en Versalles, á 16 de septiembre: «Conflans y Jarny, últimas localidades ocupadas, han sido evacuadas esta mañana á las siete. A las nueve, las tropas alemanas han pasado la frontera; el territorio queda enteramente libre.» Este acontecimiento, que produjo el más vivo entusiasmo entre las generosas poblaciones del Este, no fué celebrado como hubiera debido serlo, porque el gobierno impidió las manifestaciones que se hubieran convertido en glorificación del libertador, y también porque las poblaciones del Este, como las del Oeste, del Norte y del Mediodía, se preguntaban entonces, con una ansiedad que experimentaban los jefes menos pesimistas del partido republicano, si á la ocupación extranjera no iba á suceder otra ocupación, si algún príncipe, desconocido de la masa rural y detestado por la masa obrera, no iba á subir al trono dos veces derribado por la Francia, en 1792 y 1830.

Tan laboriosa bajo la presidencia de Mac-Mahón como bajo la de Thiers, la asamblea votó, durante aquella legislatura de dos meses, algunos proyectos de ley muy importantes. Concedió 250.000 francos para las fiestas en honor de Nasser-ed-Din, que en París, Longchamp y Versalles revistieron gran magnificencia. En las sesiones del 5 y 27 de julio completó y terminó la deliberación empezada el 25 de enero anterior sobre